

NUREMBERG, TROMPETAZO DE LA PROPAGANDA NAZI

¿QUE vendará! sensacionalista ha agitado estos días las columnas de los grandes diarios de información? Páginas enteras ha dedicado a las ejecuciones de Nuremberg, a hacer la crónica detallada de los últimos momentos de los ajusticiados, a decir si habían cenado con apetito la noche antes, si habían leído novelas policíacas, si habían subido con valor los peldaños del patíbulo, si se habían puesto bien con Dios, si habían dicho algo como mensaje de despedida a los ahijados... Desde los tiempos de mayor esplendor del hilerismo, cuando el cabo Schicklgruber —que era el verdadero apellido de Adolfo— presidió, bajo la cruz gamada, aquellos espectáculos alarides pueros en este mismo Nuremberg, no había dado la propaganda nazi un golpe tan sonoro en el parche internacional. Todo ha sido glorificación a los criminales de guerra y veneración a sus personas, todo papanatismo y bufalatería, montecatez y paquetería. Todo se ha cumplido —lo han cumplido las democracias— con arreglo al rito nazi, cuyo fin supremo es la propaganda.

La cosa empezó a encarnarse cuando países que tienen reconocido a Franco se dispusieron a aborcar a una docena de nazis. "Para tener derecho a ahorcar a un nazi cualquiera —me decía mi amigo el historiador— hay que empezar por ahorcar a Franco, en vez de enviárselo embajadores y llamarle en serio "excelencia" y "generalísimo". Esto es el abecé de la justicia internacional, y quien lo ignore no está capacitado para formar parte de ningún tribunal internacional, ni siquiera para ser juez pedáneo. No se puede ahorcar con una mano a un criminal de guerra de segundo orden y estrecharle diplomáticamente con la otra la empuñadura del primer criminal de guerra de todos los tiempos. En un racimo de horca preparado internacionalmente, la primera cabeza, por méritos indiscutibles y derecho propio, ha de ser la de Franco. Si no se hace así —y con esto termina mi amigo el historiador sus reflexiones sobre tal punto— es que no se quiere hacer justicia en la tierra."

Luego siguió examinándose esa designación de periodistas elegidos para informar sobre las ejecuciones. Por resabio profesional, esos periodistas habían de tender forzosamente hacia lo folletinesco, lo sensacional y truculento, y convertirse de ese modo en propagandistas inconscientes de una odiosa causa. Yo no creo en la ejemplaridad de la pena de muerte, pero, en este caso, la ejemplaridad había que buscarla en el silencio y no en la publicidad. La verdadera muerte del nazismo, como del fascismo, como del falangismo, no ha de consistir tanto en la desaparición física de sus paladines, como en la extinción u estrangulación de su propaganda. La guerra empezó a perderla Hitler el día que los periódicos de los países democráticos dejaron de subli-

car sus frenéticos discursos de propaganda nazi. Nada se consigue aborcando a un nazi si a cien nazis, si en el manoseo de la esquina perdura el culto nazi, alimentado por las mismas palabras del ajusticiado: "Dios salve a Alemania", u otro kyrie eleison por el estilo. Cualquier reo político tiene derecho a la glorificación del martirio; cualquiera, menos el criminal nazi. Y menos el criminal falangista, naturalmente.

Para ser realmente ejemplar el retorcimiento del patíbulo, el caso de Nuremberg debió de haber sido reseñado en los términos lacónicos, sóbrios, de absoluta seriedad y exactitud con que el flamenco contaba —y cantaba— aquella su desgracia de jamón:

"El verduguillo apretó,
mi padre sacó la lengua,
mi madre se desmayó."

Ese es el mejor repertaje que se ha hecho jamás de un encuentro con el "verduguillo" como el que han tenido los nazis esos en Nuremberg. Ninguna crónica periodística ha superado jamás ese maravilloso y sucinto relato del supremo acto justiciero. El cante flamenco resulta en ese sentido impermeable a la propaganda nazi, y, por lo tanto, muy superior al periodismo sensacionalista, truculento y folletinesco de nuestros días.

Ese periodismo ha publicado fotografías de las vistas de los ahogados, de los horafijos de los ahorcados: unas damas praxianas con rígidos y narcisios andares de "achupo" en "blitzkrieg", y unos niños rubios, zangrotivos y desfachados. Todo muy conmovedor y patético. Pero esos periódicos no publicaron las fotografías de todas las vistas y todos los horafijos hechos en sus buenos días por los ahogados de

hog. "El día que un tribunal realmente justo, en un Nuremberg de absoluta justicia —olvía a decirme mi amigo el historiador—, condene a Franco a morir en garrote rñi los periódicos publicarían el retrato de doña Carmen y de Carmencita. Perfectamente. Pero yo no he visto en esos periódicos las fotografías tristes, desgarradoras, de las vistas y de los horafijos de todos los asesinados por Franco, la inmensa muchedumbre enlutada y dolorosa de la España muerta".

Nuremberg ha sido, pues, un formidable trompetazo en las trompetas de la propaganda nazi, un tremendo golpe de porra en el bombo totalitario, un resoplante y desafiado concierto de gaita para los rospaguitos de las democracias. Y todo por apartarse de la suprema sencillez, de la fina de línea, del puro cante de buena cante flamenco del pobre horafijo aquel que reseñaba el fallocimiento de un malogrado padre:

"El verduguillo apretó"

Así, sin más historias ni letanías.

EL VALIJERO

A.P.C.E.

SIG.: 4.25/1236